

La experiencia de la pobreza en un barrio de la periferia de Madrid:

Entre el aislamiento y la participación

CECILIA ESEVERRI MAYER*

RESUMEN

El seguimiento de distintas trayectorias de vida de inmigrantes marroquíes y ecuatorianos en un barrio del sur de Madrid, llamado San Cristóbal de los Ángeles, permite conocer la experiencia de la pobreza urbana en un momento de crisis económica y transformación demográfica. Las historias de vida que se presentan en este artículo muestran la cadena de acontecimientos y el peso diferenciado de los factores (familiares, laborales, étnicos y humanos) que debilitan y empobrecen a los individuos. El contexto local puede dificultar aún más el acceso de sus habitantes a las oportunidades de la ciudad, pero al mismo tiempo convertirse en un espacio de participación, aportando recursos esenciales para evitar el aislamiento.

1. PRESENTACIÓN

En las grandes ciudades desarrolladas, la experiencia de la pobreza encuentra una fuerte vinculación con el espacio urbano. Está, por así decirlo, pegada al asfalto, al entorno en el cual se insertan los habitantes de la ciudad. La concentración de la pobreza en algunas zonas urbanas se convierte en uno de los determinantes fundamentales de su permanencia y reproducción (Massey y Denton, 2003; Donzelot, 2004). Por esta razón, hay lugares escondidos y olvidados de las grandes ciudades que resultan reveladores para el análisis social. Especialmente en momentos de cambio demográfico y crisis económica, como los que atravesamos hoy en día, se presentan como auténticos labora-

torios de análisis desde donde pueden comprenderse los determinantes de la nueva inseguridad económica e identificarse los recursos con los que cuenta una sociedad en su presente para combatirla.

En este artículo se exponen una parte de los resultados obtenidos en una investigación desarrollada entre 2006 y 2008 en un barrio periférico de Madrid, llamado San Cristóbal de los Ángeles¹. Un lugar que fue construido para dar alojamiento a aquellos que emigraron de la España agrícola o perdieron su vivienda en el centro de la ciudad y que hoy acoge a una proporción muy importante de la nueva inmigración internacional. Veintiséis meses de convivencia con sus habitantes, a través de la integración en la asociación local, han facilitado el análisis de los *procesos de desafiliación* (Castel, 1995) que experimentan los inmigrantes ecuatorianos y marroquíes asentados en este espacio urbano.

El análisis adopta una perspectiva temporal teniendo en cuenta los cambios que han vivido los antiguos barrios industriales de la capital en los últimos treinta años. Esta perspectiva permite tomar distancia y situar a los actores –inmigrantes llegados entre 1990 y 2003– en un proceso que también les es propio, en una evolución y un movimiento del que ellos son actores y forman parte. Así, un inmigrante que vive en San Cristóbal se inserta en un contexto local frágil que ha vivido el fin del industrialismo; vive el auge del empleo en el sector ser-

¹ En este artículo se recogen asimismo entrevistas realizadas a lo largo de 2009 y 2010. Las entrevistas llevadas a cabo entre 2006 y 2008 forman parte del trabajo etnográfico desarrollado en el marco de la realización de la tesis doctoral titulada *“Jóvenes en tierra de nadie. Hijos de inmigrantes en un barrio de la periferia de Madrid”*.

* Universidad Complutense-Instituto Universitario Ortega y Gasset, ceciliaeseverrimayer@yahoo.es

vicios entre el año 2000 y 2006 y se enfrenta en la actualidad (a partir de 2007) a las consecuencias de la crisis económica y financiera.

Partiendo de un enfoque cualitativo, el método es inductivo e iterativo. Los elementos de análisis son extraídos de la realidad para después ser contrastados con las fuentes secundarias en un ir y venir entre la teoría y la empiria. La observación participante se ha desarrollado durante todo el proceso de recogida de información, siendo a su vez completada por el desarrollo de entrevistas biográfico-focalizadas. A diferencia de las técnicas cuantitativas, el análisis de las trayectorias de vida muestra la cadena de acontecimientos antes y después de *la caída*. Permite comprender las causas, es decir, el proceso que sitúa a los individuos en una posición de fragilidad, al mismo tiempo que ayuda a identificar los recursos que pueden evitar la marginalidad. Como advierte Mingione (1996:12), “el valor de las historias de vida reside en que crean una conexión entre, por un lado, la condición de los individuos y, por otro, su comportamiento”, lo cual conduce a analizar la relación entre el *entorno* que gobierna y constriñe a las personas y la *capacidad* de éstas de reobrar sobre las cosas, como decía Ortega (1972: 24-25), transformándolas.

2. EFECTOS DEL CAMBIO ECONÓMICO Y DEMOGRÁFICO EN LOS MÁRGENES DE LA CIUDAD. EL CASO DE SAN CRISTÓBAL DE LOS ÁNGELES

Los años ochenta marcaron en España, al igual que en el resto de los países europeos, el fin de un modelo de integración social y económica. La relación entre el empleo estable, la residencia y la sociabilidad se rompe. En el distrito de Villaverde, donde se sitúa el barrio de San Cristóbal, el cierre o la reducción de personal en empresas como Marconi o Standard² en esta década nubló el horizonte profesional de los jóvenes sin cualificación, generando un vacío que en numerosos casos se llenó de actividades ilícitas o del consumo de droga. El cambio económico abrió una brecha entre los habitantes de los barrios populares. Los hijos de los obreros

² Después de la construcción, el sector siderúrgico o del metal, el más representado en el distrito Villaverde, fue el más perjudicado por la crisis. Según el censo industrial de 1978, las pérdidas totales en este sector se estimaron en 50.000 trabajadores y el cierre de 147 empresas.

mejor formados pudieron acceder a empleos cualificados en la administración y la empresa privada, mientras que los menos preparados quedaron excluidos. “En el barrio sólo quedaban los viejos y los fracasados”, recuerda una vecina que llegó al barrio en 1962 de Ciudad Real para trabajar en una fábrica textil.

No obstante, a mediados de los años 90 la reactivación de la economía española³ generó nuevas oportunidades para los más vulnerables y una nueva demanda de mano de obra (Cachón, 2002). El caudal de los flujos migratorios no dejó de crecer desde finales de los años noventa y los inmigrantes, a su llegada, se incorporaron a la clase trabajadora, ocupando los empleos disponibles en la construcción, la hostelería y el servicio doméstico. Su distribución territorial en la capital se fue modificando a lo largo de los años, pasando de ser central a ser periférica. A partir de 2003-2004, el asentamiento definitivo de las familias inmigrantes y el deseo de adquirir una propiedad ha provocado la aparición de una “tendencia centrífuga” (Lora-Tamayo, 2007) que se traduce en una mayor concentración de la población extranjera (y sobre todo de las familias) en los distritos de vivienda social alejados del centro.

A pesar del dinamismo económico de España, la desigualdad social de los años ochenta se ha mantenido en el tiempo, hasta hacerse aún más visible a raíz de la recesión que comienza en 2007. Numerosos autores advierten del mayor riesgo de exclusión en la actualidad (Touraine, 1991; Castel, 2003; Pan Montojo, 1999; Sassen, 2005), una realidad que atraviesa toda la sociedad. El deterioro de los soportes esenciales del individuo (el trabajo y las protecciones que se derivan de él) fomenta la aparición de nuevos procesos de desafiliación que conllevan una mayor fragilidad de la vinculación entre las personas y las estructuras de integración (el mundo del trabajo y el mundo de la sociabilidad). La división entre un sector estable de empleados y uno cada vez mayor de trabajadores precarios sumidos en la incertidumbre se inscribe de manera cada vez más visible en el espacio urbano, fomentando el aislamiento de los barrios donde se insertan las clases bajas.

En San Cristóbal confluyen por tanto dos fenómenos: el fin del empleo industrial estable con el debilitamiento de los lazos sociales (basados en

³ De 1994 a 2007, la población activa española pasa de 12,5 millones a 20,3 millones y paralelamente disminuye la tasa de paro de 24,5% en 1994 a 8,6% en 2007 (Prieto, 2008: 7).

la cercanía, la solidaridad de clase, la participación en las parroquias, en los sindicatos, agrupaciones...) y el aumento de la desintegración familiar. La llegada en masa de las poblaciones inmigrantes (en San Cristóbal representan el 40% de la población) viene a subrayar ambos cambios, revelando la acumulación de problemáticas sociales, tales como la desocupación crónica (la tasa de desempleo se ha triplicado en los últimos cuatro años, pasando de un 7,1% en 2006 a un 22,2% en 2010), el fracaso escolar (cercano al 47% en los alumnos de educación secundaria en el curso académico 2008-2009) y la delincuencia. En un espacio no muy extenso (108,63 hectáreas) viven 16.860 personas, 6.806 de ellas extranjeras, en bloques de entre 6 y 12 plantas y viviendas de 40 a 60 metros cuadrados. No obstante, a pesar de su aislamiento geográfico, el barrio cuenta con espacios verdes y comunes que invitan al contacto y al conocimiento mutuo, lo cual se expresa en las redes sociales que participan en sus asociaciones, herederas del movimiento vecinal de los años setenta y cada día más diversas.

El estudio de caso permite mostrar los efectos de los cambios estructurales en las poblaciones más frágiles. La lupa a través de la cual se observa a los actores advierte caminos divergentes, momentos críticos y oportunidades de superación, lo cual demuestra que las nuevas situaciones de vulnerabilidad no conducen de forma irremediable a la exclusión, por lo que han de ser comprendidas en todos sus detalles y su complejidad.

3. PRIMERA TRAYECTORIA: LA ADVERSIDAD DENTRO Y FUERA DE LA FAMILIA

En agosto de 2010 C. tendrá que abandonar el piso que compró con su marido en San Cristóbal. Esta mujer de 41 años, con seis hijos a su cargo y separada desde hace un año, se encuentra desempleada desde enero de 2009. Como los trámites de desahucio son largos, hace once meses que no paga por su vivienda y sobrevive con el subsidio de 400 euros que recibe del gobierno. Pero el tiempo se le viene encima y, según ella, "alquilar un piso en el barrio son 650 euros, más los gastos, la comida... es demasiado".

C. partió de Quito "sin ilusión", simplemente con la intención de ayudar a su marido, llegado a Madrid tres años antes y en situación de desempleo. Con su hermano y su padre en contra, C. dejó a sus

cinco hijos en Ecuador bajo el cuidado de su madre y vivió durante cinco años "ni del todo acá, ni del todo allá". Su marido, con tendencia a maltratarla desde que se casaron, tomó la bebida como vía de escape y se hizo mucho más violento en España. C. aguantó porque tenía una meta: traer a sus cinco hijos a España y cumplir con los requisitos para comenzar con los trámites de reagrupación familiar (tener una tarjeta de residencia, un empleo, una vivienda en propiedad y estar casada). Pero no lo tuvo fácil. Su trayectoria laboral fue precaria e intermitente debido a su irregularidad, viéndose además obstaculizada por el nacimiento de su sexto hijo.

"Cuando llegué estuve ocho meses sin trabajar, luego trabajé en la costura y en una casa... En 2005 me quedé embarazada de Darwin y ahí fue peor... No encontraba nada de nada. En 2006 trabajé cuidando a un señor mayor. Quise que me dieran de alta sus hijos en la seguridad social, pero me dijeron que me lo pagara yo. Ganaba 400 euros. Al poco tiempo una amiga me dijo que trabajara el fin de semana, por las noches, en Telepizza. Al año conseguí los papeles."

En 2007 consiguió reunir a sus hijos – "¡llegaron todos en el mismo vuelo!" – pero la situación en el hogar empeoró. La unión de la familia provocó una exacerbación de la violencia del padre, en paro desde hacía dos años. Mientras, C. fue contratada en una empresa de limpieza y seguía trabajando los fines de semana. Las dificultades para atender a sus hijos eran cada vez mayores. El pequeño, con dos años, cayó enfermo. "No sé si por el desmando mío, pero no dormía, no comía, y se pasaba el día llorando...". C. dejó de trabajar por las noches y un año más tarde sus papeles caducaron, perdiendo su empleo en la empresa de limpieza. Treinta días después del despido recibió la resolución positiva de su permiso de residencia, pero ya no podía ser admitida. La inseguridad económica y la violencia del marido la arrastraban a un callejón sin salida. Desde los servicios sociales le aconsejaron elegir: divorciarse o volver a Ecuador. En agosto de 2009 C. puso una denuncia por malos tratos y su marido se fue de casa.

Hoy cree firmemente que tiene más posibilidades de salir adelante en España. Encuentra apoyo en el subsidio; coge fuerzas de sus hijos, algunos con dificultades educativas y otros con proyectos de vida ambiciosos y pasa su tiempo libre en la asociación del barrio, donde realiza cursos de formación y vive con mayor calma dentro del grupo de mujeres el desahucio y el no encontrar de momento un trabajo. Para ella, Ecuador quedó atrás: "Ahí dejé mis ilusiones, mi vida... mi marido. En cambio aquí me

hice fuerte y vi la vida, con todo, con lo bueno y lo más feo”.

La vulnerabilidad familiar en contextos urbanos desfavorecidos

El caso de C. muestra una clara conexión entre la desintegración familiar, la pobreza y la dependencia del Estado; una relación que identifican otros estudios sobre la nueva pobreza urbana (Wilson, 1987; Mingione, 1996). De la muestra estudiada en San Cristóbal (50 familias), las familias monoparentales, encabezadas por mujeres, son las que soportan situaciones más inestables (menor renta, inestabilidad laboral, dificultades para cubrir los gastos de vivienda y manutención de los hijos). Asimismo, dentro de este grupo, se observa una sobre-representación de las familias inmigrantes.

La migración no determina la pobreza, pero puede provocar desajustes en la estructura familiar. El tiempo y el espacio que separa a los miembros de la familia pueden generar sentimientos de abandono que se manifiestan una vez que la familia se une en forma de distanciamiento, tensión o conflicto. Los conflictos generacionales y la pérdida de autoridad de los padres hacia los hijos son las consecuencias más habituales (Portes y Rumbaut, 2001). Ahora que está separada de su marido, C. teme por el comportamiento rebelde de sus hijos. Johnny, con 16 años, culpa a su madre de los acontecimientos. “Me dice que él no quiere estar aquí, que quiere ver a su papá, que soy mala porque su papá no tiene dónde vivir, que no tiene para comer...”.

La culpa es un sentimiento que acompaña a la migración desde sus inicios. Y son las mujeres quienes cargan con él de manera más frecuente. Marchándose, dejando su casa, abandonan el papel tradicionalmente asignado, un rol que remite principalmente a las labores de cuidado y reproducción (Pedone, 2003). La mujer migrante rompe con los roles y parámetros culturalmente establecidos, pero se enfrenta, al mismo tiempo a la ruptura familiar (a la separación conyugal) y por tanto a la dificultad de sacar adelante sola a la familia. El riesgo de desafiliación es mayor en estos casos. En España, las mujeres no cuentan con las redes familiares ni con el correspondiente apoyo económico y humano en la crianza y educación de los hijos, lo cual supone una gran carga para ellas.

Debido a esta ruptura con los soportes familiares, la adaptación de estas mujeres depende en

buena parte del contexto económico y social de recepción. A la precariedad laboral que sufren (contratos inestables, sin las mínimas garantías sociales, jornadas interminables y sueldos por debajo del salario mínimo) se añade el lugar que ocupan en la ciudad. San Cristóbal es un espacio desconectado del centro urbano y por tanto sus habitantes, la mayoría de ellos sin cualificación, cuentan con escasos contactos para acceder a las oportunidades laborales existentes en Madrid.

C. lleva más de un año y medio sin empleo y se inserta en un entorno donde las redes laborales son débiles. Pero no se puede afirmar que se encuentre en una situación de exclusión social. En este sentido, se confirma la utilidad del concepto de *desafiliación* del sociólogo Robert Castel. Este término permite visualizar el recorrido hacia una zona de vulnerabilidad y captar los matices de cada historia de vida, mientras que el concepto de exclusión parece reflejar una situación de no retorno, una sociedad dividida entre los que están fuera –los excluidos– y los que están dentro –los incluidos. La trayectoria de C. más que una desconexión total del mundo laboral muestra una situación intermedia e inestable, una experiencia que conjuga la precariedad laboral y la fragilidad de los soportes de proximidad (la familia y la comunidad) (Castel, 1995:17). La cadena de acontecimientos que llevaron a C. a la desafiliación comenzó con la violencia de su marido y continuó con la ruptura familiar, la precariedad laboral y el desempleo de larga duración.

La precariedad ha dejado de ser una etapa previa a la entrada plena en el mundo del trabajo reglado y seguro (Castel, 2010:17), para convertirse en un fenómeno permanente. Las entrevistas a mujeres en San Cristóbal muestran que la nueva pobreza urbana ya no se refleja tanto en las carencias materiales –como ocurría en los años sesenta– sino que se percibe más en los desequilibrios familiares y la falta de atención y control hacia los hijos. Por esta razón, el subsidio de 400 euros, el RMI, las becas de comedor, las plazas de guardería... son recursos básicos que permiten soportar la nueva precariedad laboral (cambios de trabajo, escasa remuneración, horarios interminables...) y frenar las consecuencias más negativas del aislamiento que soportan las mujeres solas (el cual se refleja en gran medida en la imposibilidad de atender a los hijos). Estos hechos contradicen en buena medida las teorías de corte neoliberal que tratan de justificar la inactividad de los pobres al aludir a que los programas sociales reducen su deseo de trabajar y de progresar en la economía de servicios (Murray, 1984)

y demuestran el papel central de las ayudas sociales en los procesos de reinserción laboral.

No obstante, más allá de las ayudas retributivas, los únicos agentes que trabajan por restituir a estas personas el poder de aprovechar las oportunidades de la ciudad son las asociaciones locales que trabajan a pie de calle. Si bien no cuentan con los cauces adecuados para asegurar su reinserción laboral, previenen, en muchos casos, las consecuencias más negativas del desempleo y la precariedad: el aislamiento y la inmovilidad. Acogen y asesoran a los recién llegados y les enseñan la lengua; ofrecen ayuda a las mujeres trabajadoras para atender a sus hijos en los horarios extraescolares; e integran a las personas desempleadas en cursos de formación –C. ha realizado en las asociaciones de la zona cursos de informática, costura, limpieza y habilidades sociales. La formación ayuda a los más vulnerables a adquirir un nuevo capital humano y los grupos de apoyo (como por ejemplo el taller de manualidades para mujeres desempleadas) evitan su desconexión de las redes concretas de solidaridad. Como explica una de las participantes: “nos contamos la vida, lloremos si hace falta. Por lo menos sabemos que no estamos del todo solas...”.

4. SEGUNDA TRAYECTORIA: EL ASCENSO Y LA CAÍDA. SER INMIGRANTE ANTES Y DESPUÉS DE LA CRISIS ECONÓMICA

La entrevista con N. estuvo repleta de referencias a Dios. Según él, gracias a la comunidad evangélica y a sus labores de voluntariado en la radio del distrito de Villaverde encontró la forma de volver a empezar después de haberlo perdido todo. Así es cómo se presentó este hombre de 43 años, originario de Baños, Ecuador.

“Yo procedo de una familia muy humilde, donde nunca ha habido una figura paterna. Yo conocí siempre a mi madre trabajando. Vivíamos en una sola habitación con mis tres hermanas. Pero éramos felices, porque no ambicionábamos nada. Mi madre nos supo inculcar eso de que lo que quieres obtener lo tienes que obtener trabajando. Una mujer muy pequeña, pero muy dura, que si tenía que darnos nos daba. Mi hermana la mayor se fue muy jovencita a trabajar. Su afán era que su hermano se convirtiera en un abogado, en un médico e hizo todo el esfuerzo para que me matricularan en el mejor colegio de la ciudad. Pero uno a esa edad

no tiene las cosas claras y no supe aprovechar. En cuanto me gradué me casé. Lo hice muy joven y no funcionó. Luego de estar de tumbo en tumbo, decidí salir de Ecuador. Al principio queríamos irnos a Estados Unidos, pero el coyote desapareció con el dinero. Luego surgió la posibilidad de venir a España, y, debiendo mucho dinero, mucho, mucho... me vine. Fue algo muy tremendo, algo muy duro alejarme de mis hijas, alejarme de ellas... Y lo peor de todo fue que venirme para acá fue perderlas, porque yo no sé nada de ellas desde el año 2002. Yo no sé nada de ellas porque su madre decidió que no quería más contacto conmigo”.

N. llegó a Madrid en 1998 con una “bolsa” que contenía 800 euros prestados. Al comienzo alquiló una habitación en casa de unos peruanos. Trabajó sin descanso, primero en un locutorio y después en una empresa de limpieza, “siempre en negro”. Aprovechó el proceso de regularización del año 2000 y consiguió la residencia. A partir de entonces su situación mejoró. En una de las fruterías más antiguas del barrio de Lavapiés necesitaban que alguien se ocupara del negocio a tiempo completo y le escogieron a él. Llegó a ganar 1.500 euros mensuales, con lo que pudo saldar sus deudas en Ecuador, enviar regularmente dinero a casa y tomar una importante decisión. “Decidí comprar una vivienda en San Cristóbal. No hice una inversión en mi país, sino que la hice aquí”.

En 2008, cuando se percibían las primeras consecuencias de la crisis económica, el dueño de la frutería de Lavapiés decidió cerrar su negocio. N. se quedó sin empleo en el momento menos oportuno. Coincidiendo con su despido, su comunidad de vecinos decidió rehabilitar el inmueble, para lo que cada propietario debía aportar 15.000 euros. En 2009 se vio obligado a vender su vivienda a la EMV (Empresa Municipal de la Vivienda) y perdió una inversión de siete años⁴.

A partir de entonces, los lazos con Ecuador se fueron deteriorando. El distanciamiento de su familia y la imposibilidad de encontrar un empleo le obligaron a compartir vivienda y a entrar en contacto con un ambiente marginal.

“La etapa de vivir con más gente fue muy dura. Perdí mi intimidad. Viéndome con tanta gente

⁴ La EMV permite a las personas que han sido propietarias de una vivienda volver cuando la rehabilitación se ha concluido. Primero pueden entrar como inquilinos y después acceder a un régimen de alquiler con derecho a compra. No obstante, la pérdida del capital invertido es total.

me decía: pero ¿yo qué hago aquí? Había días que tenía que dormir sentado. Pero sobre todo el hecho de que la familia se rompe... La soledad es una mala compañía... Todo se rompe, tu núcleo se rompe... Entonces entras en ese círculo, tratas de olvidar a través del licor... Y te aseguro que nunca te va a faltar alguien que, aunque tú no tengas dinero, que te dé de beber. De comer seguro que no te va a dar, pero de beber sí. En este piso de Lavapiés empezaron a llegar chicas que bebían más que los hombres. Entonces es cuando pierdes todo, esa integridad con la que tú creciste, esa decencia..."

Cuando tocó fondo, N. vislumbró dos caminos: continuar siendo parte de aquel ambiente o distanciarse del todo de él. "Decidí ser diferente y busqué ayuda". Fue entonces cuando en la Iglesia Evangélica de Villaverde encontró otra forma de invertir su tiempo. Su pasión por la música le llevó a colaborar en la radio local, desempeñando a la vez las labores de pinchadiscos y de "consejero" para aquellas personas que llamaban para pedir una canción y contar sus problemas. Al poco tiempo, conoció a quien hoy es su mujer, también divorciada y con un hijo adolescente. Hoy trabaja de mozo de almacén en la misma empresa en la que trabaja su mujer y dice haber aprendido "a tener los pies cubiertos por las sábanas" (no vivir por encima de sus posibilidades). Reconoce que su situación no es estable y que en cualquier momento puede perder su empleo, pero agradece "haber salido del túnel", porque hoy puede ayudar a los demás. Sobre todo a sus hijos: "cuando ellos van, yo ya estoy de vuelta".

Los efectos de la crisis económica y el capital humano

La experiencia de N. muestra la ilusión de un comienzo, el sueño de un futuro prometedor y la frustración por la pérdida de todo lo obtenido. Una experiencia que se encuentra estrechamente vinculada con la coyuntura económica que vivió España desde finales de los años noventa hasta el año 2008. Diez años de bonanza en los que en España el gasto del consumo se incrementó dos veces más que la media europea, los salarios subieron un 30% y el precio de la vivienda se duplicó (*El País*, 13-06-10).

Cuando hice las entrevistas en el año 2005, los vecinos inmigrantes de San Cristóbal todavía hablaban de su vida en términos de bienestar y progreso. El empleo, aunque precario e inestable, era abundante, lo cual permitía a la mayoría adquirir confianza en sus inversiones. Aprovechando la financiación proporcionada por los bancos y las

cajas de ahorros las poblaciones más vulnerables vieron posible hacer realidad sus sueños: viajar al país de origen, comprar una casa, un coche, abrir un negocio...

En 2008, el precio de una vivienda en el San Cristóbal, aunque comparativamente hablando resultaba mucho menor que en otras zonas de la ciudad, se encontraba muy por encima de su valor de uso. Las poblaciones inmigrantes compraron viviendas en el barrio e hicieron posible la movilidad residencial de las poblaciones autóctonas envejecidas, sin conocer su historia. Construido en los años cincuenta en terrenos arcillosos y con materiales de muy baja calidad, la historia de San Cristóbal es, como advierte el arquitecto municipal, "la historia de un eterno problema de vivienda". Sus inmuebles sufren un problema endémico de cimentación: "en invierno se inundan y, por muchas veces que se tapen sus grietas, siempre vuelven a aparecer". En 2008, una vivienda de 60 metros cuadrados costaba entre 180.000 y 200.000 euros; hoy no llega a los 100.000.

La banca privada hoy posee aproximadamente la mitad de las viviendas vacías en España (*El País*, 13-06-10). En San Cristóbal, uno de los barrios con mayor vivienda social de Madrid, la EMV acumula propiedades desde hace cuatro años. Entre 2006 y 2010 la tasa de paro en el barrio se triplicó y las personas que no pudieron asumir los gastos de la rehabilitación ni de la hipoteca realquilan hoy sus habitaciones o abandonan su vivienda para trasladarse a pisos compartidos. Para la mayoría de los inmigrantes entrevistados la crisis fue totalmente inesperada. Ellos se adaptaron a un *modo de vida*, muy generalizado entre la población española, que consistía en vivir por encima de los ingresos reales. En un momento de la conversación, N. reconoce su avaricia: "Me imaginaba volviendo a Ecuador y mostrando lo que había logrado". Ahora sabe que ha ganado en realismo, pero su mayor temor es permanecer para siempre en una situación de precariedad. Los acontecimientos que provocaron su desafiliación son claros: la expulsión del mundo laboral y la ruptura definitiva con su mujer y sus hijas. Hoy podríamos decir que se encuentra en una "zona de vulnerabilidad" distinta y de menor gravedad. Pero, aunque está vinculado con redes de solidaridad sólidas, su incertidumbre laboral le impide disponer del soporte necesario para adquirir una autonomía y planear su futuro.

No obstante, el relato de N. muestra la capacidad de acción de los sujetos y permite identificar los recursos que ayudan a las personas. Aunque no

poseía capital económico alguno, sus recursos humanos –había finalizado su educación secundaria y es un gran amante de la música y la literatura– le permitieron buscar nuevos referentes. Como advierte Coleman, el capital humano es la principal fuente de capital social (1998: 10). N. pudo romper con un entorno social adverso y buscar nuevas conexiones sociales. Entiende que la fe reforzó sus valores y le ayudó a otorgar un sentido a la experiencia vivida. Según él, el dolor padecido estaba siendo compensado por la toma de conciencia de su capacidad de ayudar a la gente. “Dios me dio el don de la palabra y luego me enseñó que estamos aquí para servir a los demás”. El contacto social con la comunidad de origen y la participación social, así como el soporte que encuentra en su familia, se convierten en fortalezas frente a la inseguridad y la precariedad económica.

**5. TERCERA TRAYECTORIA:
DE LA ASIMILACIÓN
A LA DISCRIMINACIÓN**

Durante la primera media hora de conversación, A., un bereber de 41 años llegado a España en 1998, se esforzó por mostrar su gratitud hacia la sociedad española. Había podido ejercer durante 10 años el que era su oficio en Marruecos, camarero de restaurante, y trataba de explicar la necesidad de que los inmigrantes hicieran un esfuerzo por integrarse en el país que les había acogido. Trabajó durante siete años en un restaurante de cuatro tenedores de la sierra norte de Madrid, mejoró considerablemente su nivel de español, se adaptó a las costumbres de la ciudad y desarrolló una estrecha relación con sus compañeros. “En el trabajo mis compañeros me llamaban Alex, porque se parece a mi verdadero nombre y llegué incluso a casarme con una española. Pero nos separamos... Los madrileños me encantan, son gente llana, campechana, no se creen superiores a nadie”.

En 2002 se volvió a casar, esta vez con una mujer originaria de Fez, su ciudad natal. Ella se trasladó a Madrid, alquilaron un piso en San Cristóbal y tuvieron su primer hijo. Aconsejó a su mujer para que se quitara el pañuelo: “así pasaba desapercibida y nadie le diría nunca una grosería”. “Yo cuando voy a Marruecos lo primero que hago es ponerme una túnica, dejarme barba y tomarme un té. Pero aquí me siento mejor vistiendo como los demás”. La mujer de A., también bereber, se tiñe el pelo de rubio y viste ropa occidental.

Pero la forma en que A. describía el mundo y explicaba su relación con los españoles cambió cuando comenzó a explicar el proceso de degradación de su situación económica y laboral. En 2007 fue despedido sin motivo del restaurante en el que trabaja y durante los meses posteriores se vio confrontado por primera vez con la discriminación.

“Me echaron del restaurante de repente... El tema hoy está muy jodido. Y a los primeros que nos va a afectar es a nosotros, a los inmigrantes. Cuando se hundió el Titanic, ¿quién se murió primero?, los de abajo, ¿no? (...) Era decir por teléfono mi nombre y me decían: no, ya hemos contratado a otra persona, o, se ha equivocado de número. Entonces dije, si el problema es el nombre, pues ¡solucionado!, me llamó Alex y ya está. Tener papeles y mi nivel de español me ayuda. Hay veces que voy a la entrevista y los jefes me dicen: ¡ojalá hubiera más españoles como tú! Pero está muy difícil... con la crisis van seleccionando...”.

En 2009, dos años después de hacer la entrevista, me encontré a A. con su mujer en la Asociación de San Cristóbal. Iban a recoger a su hija que salía de las clases de apoyo escolar. Me contó que había trabajado de forma intermitente en restaurantes, pero se quejaba de las condiciones (“la hostelería ya no es lo que era. Hoy trabajas muchas horas y no cobras nada”). La imposibilidad de vislumbrar una continuidad en su profesión le estaba haciendo considerar la oferta de un paisano que necesitaba ayuda para abrir una tienda de alimentación en el barrio. La pareja se encontraba muy cambiada en su aspecto y vestimenta. Su mujer llevaba pañuelo e iba con los brazos y las piernas cubiertas. Él vestía una chilaba. En la Asociación, donde conocen a la pareja desde hace varios años, quedaron muy sorprendidos con esta transformación. Unos días después, pude hablar con la mujer de A. y le pregunté por su nueva imagen. Ella me explicó que había sido una decisión muy meditada. “Antes no estaba segura, no íbamos a la mezquita y no quería ponerme el pañuelo para luego quitármelo. Ahora la decisión está tomada”. Hoy forma parte también de la asociación de mujeres musulmanas.

Los efectos de la discriminación y la integración en la comunidad étnica

Según Philippe Bataille (1998), las prácticas discriminatorias con mayores consecuencias personales son las que se producen en el terreno laboral. La discriminación en la contratación y el racismo en el lugar de trabajo son las dos formas de discriminación más frecuentes. En momentos de crisis econó-

mica, la primera de estas dos formas se agrava y la discriminación funciona como un mecanismo de selección. Además, en empleos que requieren un trato directo con el público, el racismo de los empleadores se apoya en el temor de que el racismo de la sociedad se vuelva contra su negocio. “La sociedad racista, dice, justifica la propia actuación racista” (1998: 89).

El problema es que si estas formas de discriminación no se reconocen públicamente, puede provocar reacciones muy dispares entre sus víctimas. Según Said Bouamana (2000: 38), las personas pueden reaccionar desarrollando una fuerte voluntad de asimilación, llegando incluso a cambiarse de nombre o a reinventar su pasado. Ésta fue la primera estrategia que utilizó A. En otros casos, pueden sufrir una profunda desvalorización y perder la confianza en sí mismos, culpándose por no poseer las cualidades que la sociedad les exige. Algunas personas, conscientes de este trato diferenciador, reaccionan contra él, afiliándose a movimientos para luchar contra el racismo. Por último, existe otra clase de individuos que buscan una integración en la comunidad étnica, vuelven a sus orígenes y reafirman su identidad cultural.

El camino que toma A. –la integración en la economía étnica y la practica religiosa– podría estar llenando un vacío. Durante más de diez años, encontró su lugar en España. De hecho, incluso ahora, recuerda un país que le abrió las puertas y le ofreció unas garantías sociales que jamás hubiera soñado en Marruecos. En ese momento se sentía conforme con lo que le ofrecían y defendía la necesidad de adaptarse a las costumbres españolas, relegando al ámbito privado sus tradiciones y creencias. Pero la pérdida de su empleo en el restaurante le expulsó de la participación económica en la sociedad española y le condujo a sufrir un trato discriminatorio. Su proceso de desafiliación estuvo en este caso marcado por una experiencia de discriminación que le llevó a entrar en una situación de precariedad laboral, a la cual no parecía poder poner remedio. La renuncia a sus orígenes, antes voluntaria, ahora parecía obligada. Se cambió de nombre, pero no recibió nada a cambio. Sus orígenes parecían ser la principal causa de su exclusión.

Desde hace cinco o seis años se viene observando en el barrio de San Cristóbal un renacer del Islam entre los inmigrantes. El crecimiento de la comunidad marroquí y su asentamiento definitivo han favorecido el desarrollo de la economía étnica, la apertura de una sala de oración y el nacimiento de nuevas asociaciones. Actualmente hay dos aso-

ciaciones de musulmanes (una formada por hombres y otra por mujeres). Desde la asociación se han podido presenciar muchos casos de inmigrantes muy asimilados a las costumbres españolas que, de pronto, vuelven a la tradición. Aparece una nueva voluntad de fortalecer los lazos comunitarios y se observa una necesidad de desarrollar la religiosidad. En el caso de A. no se puede afirmar que el cambio se deba exclusivamente a su salida del mercado laboral y a las experiencias de discriminación que ha experimentado. Pero lo que sí es posible afirmar es la incapacidad de la economía española para reabsorber a los inmigrantes que han quedado desempleados entre 2008 y 2010 y la necesidad de los inmigrantes de contar con nuevas redes sociales (dentro y fuera de su comunidad) para sobreponerse a este bache.

Por tanto, la vuelta a la identidad y la integración en la comunidad étnica puede funcionar como mecanismo de protección frente a un contexto laboral y social adverso. Además, en contra de algunos análisis que asocian el comunitarismo con la segregación y la formación de guetos, la participación religiosa y asociativa vincula a los inmigrantes con el conjunto de las redes sociales del barrio. Las madres más activas en este sentido son quienes obligan a sus hijos a participar en las labores comunitarias y quienes se ofrecen como voluntarias para, por ejemplo, impartir clases de árabe. Las asociaciones musulmanas permiten a la comunidad marroquí expresar su preocupación por diferentes cuestiones (como los jóvenes o la convivencia en los inmuebles) en las mesas de participación y fomentan la colaboración de las comunidades inmigrantes con el resto de los vecinos, autóctonos e inmigrantes, representados por la Asociación de Vecinos y la Asociación Educación, Cultura y Solidaridad.

6. CUARTA TRAYECTORIA: LA PÉRDIDA DE ESTATUS SOCIAL

Z. me invitó a su casa en San Cristóbal para realizar la entrevista. Estaba embarazada y debía guardar reposo. Durante toda la conversación su marido estuvo presente. Cuando terminó el encuentro me invitó a acompañarla a recoger a sus hijos a la salida de la escuela. Una vez en la calle pareció decir todo lo que había callado durante las dos horas que hablamos en el salón de su casa. Me confesó que había momentos en que le gustaría renunciar, dejarlo todo e irse a Marruecos con su madre. “Que Dios me perdone, dijo, pero cuando volví a quedarme

embarazada, pensaba, ¿qué voy a hacer ahora? Con todo, con la casa, con mi marido, sin trabajo... y encima teniendo que quedarme en este barrio... Que Dios me perdone, pero pensé incluso en abortar”.

Z. es originaria de Tánger. Su padre era maestro y vivían en un barrio acomodado de la ciudad. Cuando cumplió 17 años, conoció a su marido, 13 años mayor que ella, y decidieron casarse enseguida. Él soñaba con emigrar a Francia o a España y quería que ella le acompañara. En 1998, cuando cumplió 19 años y había obtenido su diploma de bachillerato, Z. se trasladó a Madrid pensando en comenzar allí sus estudios de traducción. Pero las cosas no fueron como ella esperaba.

“Cuando llegamos y vi el barrio me puse a llorar. Todo tan viejo, tan feo... Mi madre me decía: hija, tienes un marido que te quiere, ya estaréis mejor. Tuve muchos problemas para convalidar los estudios... y me quedé embarazada. De la rabia que me daba, empecé a devorar los periódicos, la tele, todo... En seis meses estaba hablando español perfectamente”.

Cuando su hijo tenía un año, volvió a quedarse embarazada. Fue entonces cuando sus planes de desarrollar una carrera profesional en España quedaron aplazados para siempre. En el momento de la entrevista su marido se encontraba de baja tras haber sufrido un accidente en la obra en la que trabajaba. Z. me confesó que se sentía hundida porque quizá debía ponerse a trabajar y no sabía quien iba a cuidar de sus hijos. Mostraba su frustración por no haber conseguido lo que esperaba al venir a España y reconocía que “hay momentos en que te das cuenta de que has bajado mucho, de que vives peor que vivían tus padres”.

A pesar de la impotencia que siente, Z. trata de aprovechar las oportunidades que encuentra en su entorno más cercano. Ha sido una de las vecinas más involucradas dentro del Plan de Desarrollo Comunitario de San Cristóbal⁵ y es muy valorada dentro de las asociaciones. El barrio no le gusta, pero reconoce que ha vivido nuevas experiencias. En una de las fiestas que se celebraron en el centro cultural del barrio con motivo de este proyecto comunitario, el marido de Z. pudo comprobar el protagonismo que había adquirido su mujer dentro del tejido aso-

⁵ El Plan de Desarrollo Comunitario es un proyecto que se lanza en 2005 desde la EMV, la Consejería de Educación y el Ayuntamiento de Madrid para transformar y mejorar las condiciones de vida y de convivencia en el barrio contando con la participación de la comunidad. Desde el inicio del Plan, pude participar en las reuniones y las mesas de diálogo con los vecinos de San Cristóbal.

ciativo. Desde esa fiesta, no se volvió a ver a esta marroquí en las mesas de diálogo y participación.

Un año más tarde, Z. contactó con la asociación porque había comenzado a participar en la Asociación de mujeres musulmanas de Villaverde (Hivar) y estaban interesadas en organizar unas jornadas conjuntas. Su implicación pública había sido frenada desde el grupo familiar, pero la tradición y la práctica religiosa le permitían volver al espacio público de otra forma. La última vez que hablé con Z. fue en junio de 2009, por teléfono. Me dijo que había tenido su tercer hijo y que su marido estaba en paro. “Todos los hombres marroquíes los tenemos en casa. No hay construcción”, me explicaba, mientras me decía que estaba intentando encontrar trabajo en el servicio doméstico. De momento, trabajaba cuatro horas semanales haciendo una sustitución.

La emigración y el pasado digno

En algunos casos, la migración se convierte en la primera causa de la pérdida de estatus social. Para numerosos individuos, emprender ese viaje significa abandonar para siempre la posibilidad de desarrollar una carrera universitaria y resignarse a desempeñar trabajos poco cualificados. La emigración colocó a Z. en una posición muy diferente a la que tenía con sus padres en Marruecos. De vivir en un barrio de clase media y ser una estudiante brillante, pasó a vivir en un barrio popular de la periferia de Madrid y a trabajar en el servicio doméstico. Su desafiliación se asocia también en su caso a la precariedad laboral de ella y de su marido y su estancamiento social se debe también en buena parte a un matrimonio temprano y al nacimiento (muy seguido) de sus tres hijos.

Atrapada en esta situación, Z. proyecta sobre sus hijos la esperanza de recuperar el estatus perdido. Su caso muestra que el pasado digno ayuda a los individuos a sobrellevar las duras condiciones de vida. Obligados a aceptar empleos poco cualificados y a vivir en zonas deprimidas de la ciudad, utilizan su capital cultural para favorecer el aprendizaje de sus hijos y su ascenso social. Al margen de las circunstancias, los padres que en su país pertenecían a la clase media suelen tener mayores expectativas que aquellos que tienen orígenes más modestos. Dan por hecho que “hay que llegar” aprovechando las oportunidades que ofrece el nuevo contexto. Además, creen importante que sus hijos no pierdan los beneficios de su cultura de origen y hacen lo posible porque la vivencien y la conozcan.

Como señalan Portes y Fernández (2007), los padres de clase media cuentan con un “saber hacer”, saben qué recursos deben emplear y qué actitud es la adecuada en cada momento. Z. cree imprescindible visitar a los profesores de sus hijos al menos tres veces al año y utilizar los recursos que ofrece el barrio. De ahí que su inquietud por conocer y mejorar el entorno en el que vive por medio de su participación en las asociaciones locales, a pesar de su situación de precariedad, sea una de sus prioridades.

7. REFLEXIONES FINALES

La experiencia de la pobreza en el barrio de San Cristóbal no está únicamente vinculada con la ausencia de recursos. Los nuevos procesos de desafiliación en los barrios desfavorecidos encuentran su origen en la crisis del empleo, pero también en la creciente fragilidad de los lazos familiares y sociales (Castells, 1981: 200). La precariedad laboral empobrece a los individuos, pero la vulnerabilidad familiar y el desgaste de los mecanismos tradicionales de solidaridad provocan el debilitamiento del vínculo social y el aislamiento.

La investigación en este espacio urbano revela la influencia del hecho migratorio en esta doble desconexión (social y laboral) y muestra el peso de la situación laboral de los inmigrantes y de su discriminación en los procesos de desafiliación. Pero, sobre todo, permite demostrar que el capital social y el capital humano que poseen los inmigrantes son factores fundamentales para la comprensión de este fenómeno.

La nueva pobreza urbana refleja la *desconexión* de los individuos de las oportunidades laborales. En la nueva ciudad de flujos (Castells y Borja, 1998) lo que cuenta es la red social; el capital social y en mayor medida el capital humano (el nivel de cualificación, las habilidades y destrezas personales) que vincula a los individuos con las actividades económicas y las redes laborales del centro urbano. El espacio ya no vale por sí mismo –como ocurría en la etapa industrial, cuando los distritos obreros destacaban por sus funciones productivas y acogían a masas de trabajadores– sino como soporte de movilidad hacia otros lugares (Donzelot, 2010: 82). Por esta razón, los antiguos barrios obreros, como es el caso de San Cristóbal, han dejado de ser espacios funcionales, vinculados económicamente con la ciudad, y se han convertido en entornos degradados que aíslan a sus habitantes.

No obstante, las trayectorias estudiadas no remiten a una situación de exclusión total. Más bien muestra un proceso de vulnerabilidad que sitúa a los individuos en un espacio intermedio, frágil e inestable, que puede variar con el tiempo, alejándolos o acercándolos de las oportunidades laborales y de las redes de solidaridad. Una de las reacciones detectadas es la voluntad de participación social de los sujetos. Su implicación en las asociaciones locales y en las comunidades religiosas permite reconocer su capacidad de actuar en los momentos críticos. En este sentido, el barrio de San Cristóbal contiene un potencial; y éste es el de favorecer la cercanía entre sus habitantes y poseer un tejido asociativo estable. A pesar de ser un barrio degradado y aislado, también es un lugar avanzado e innovador en el plano social. Es un espacio donde la distancia cultural que separa a sus vecinos es mayor que en otros barrios de Madrid, pero donde se experimentan nuevas formas de participación; gentes de diversos orígenes se comunican a diario y coexisten sin graves dificultades, generando nuevas redes sociales plurales. Es un lugar complejo, donde viven las familias más vulnerables, pero donde existen personas que, con escasos recursos, se ofrecen como voluntarias dispuestas a mejorar su entorno. En este espacio, puede evidenciarse el paso de una sociedad industrial, económicamente segura, culturalmente homogénea y católica, a una sociedad de servicios, heterogénea, culturalmente diversa, multireligiosa y más insegura económicamente. El observador externo puede fijar la mirada en la pobreza, pero también puede hacerlo en la riqueza de su experiencia de vida.

El contraste o la aparente contradicción entre el pesimismo de sus *condiciones estructurales* (el desempleo, la precariedad y la desestructuración familiar) y el optimismo que se desprende de la *posibilidad de acción* liderada por las organizaciones y el tejido social, permite extraer una enseñanza política de primer orden. Toda actuación política basada en el refuerzo de las asociaciones locales contribuiría a fortalecer una estructura que funciona como medio para capacitar a las personas. Esta vía, basada en el *empowerment* (la elevación del poder de las personas sobre sus vidas y sus destinos) podría favorecer la conexión de los individuos con las oportunidades que ofrece la ciudad en términos de formación y empleo. Se trata de poner el acento en los recursos humanos (las asociaciones inmigrantes, religiosas, laicas, de mujeres...) como estrategia para prevenir el aislamiento social y reconectar a las personas con su entorno más cercano y de este modo hacerlo también con el exterior.

La administración debe afianzar los proyectos de reinserción que funcionan con escasos medios

y contar con los recursos humanos locales previamente capacitados. Ninguna iniciativa ni ninguna medida resultarán efectivas en estos barrios sin contar con la participación de sus habitantes, de sus asociaciones y sus trabajadores más involucrados. La confianza que generan es el gran valor que empuja a las personas más vulnerables a "ponerse de nuevo en movimiento". Pero para aprovechar este potencial es preciso crear vínculos reales entre estas organizaciones, la administración local y la empresa privada. La participación social permite prevenir el aislamiento, pero es la apertura de nuevos cauces de inserción económica la que podría generar un nuevo sentimiento de pertenencia a la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLE, P. (1998), "Le racisme dans le travail: enjeu pour la vie sociale et urbaine", *Migrations et Société*, 10, 60: 83-92.

BENNETT, P. (2010), "Retrato de un país en crisis", *El País*, 13 de junio de 2010.

BOUAMAMA, S. (2000), "Le sentiment de 'hogra': discrimination, négation du sujet et violences", *Hommes et migrations*, 1227: 38-50.

CACHÓN, L. (2002), "La formación de la 'España Inmigrante': Mercado y ciudadanía", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 69: 105-124

CASTELLS, Manuel (1981), *Crisis urbana y cambio social*, Madrid, Siglo XXI.

CASTELLS, Manuel y BORJAS, Jordi (1998), *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.

— (2010), "Tiempos de incertidumbre: cambios en el trabajo, las protecciones y el estatuto del individuo", *Minerva*, Publicación cuatrimestral del Círculo de Bellas Artes., IV ÉPOCA, 14:72-77.

— (2003), *L'insecurité sociale: qu'est-ce qu'être protégé?*, París, Broché.

— (1995), *Les Métamorphoses de la question sociale, une chronique du salariat*, París, Fayard.

COLEMAN, J. (1990), *Foundations of social theory*, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press.

DONZELOT (2010), « La droitization des plans banlieues », *Esprit*, marzo-abril: 77-87.

— (2004), "La ville à trois vitesses : relégation, périurbanisation, gentrification", *Esprit*, marzo-abril: 14-39.

LORA-TAMAYO D'ONCON, G. (2007), *Inmigración extranjera en la Comunidad de Madrid. Informe 2006- 2007*, Madrid, Delegación Diocesana de Migraciones (ASTI).

MASSEY, D. S. y DENTON, N. A. (2003), *American Apartheid. Segregation and the Making of the Underclass*, Londres y Massachusetts: Harvard University Press.

MINGIONE, E. (eds.) (1996), *Urban Poverty and the Underclass. A reader*, Oxford, Cambridge, Mass, Wiley-Blackwell.

MURRAY, C. (1984), *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*, Nueva York, Basic Books.

ORTEGA Y GASSET, J. (1972 [1957]), *El hombre y la gente*, Madrid, Espasa Calpe.

PAN-MONTOJO, J. L. (1999), "El Estado de Bienestar y la pobreza", *Revista de Occidente*, 215: 89-122.

PEDONE, C. (2003), "Las relaciones de género en las familias ecuatorianas dentro del contexto migratorio internacional hacia el Estado español", *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 56: 79-10.

PORTES, A. y FERNÁNDEZ KELLY, P. (2007), "Sin margen de error: determinantes del éxito entre los hijos de inmigrantes", *Migraciones*, 22: 47-78

PORTES, A. y RUMBAUT, R. (2001), *Legacies: the Story of the Immigrant Second Generation*, Berkeley, University of California Press.

PRIETO, C. y MIGUÉLEZ, F. (2008), "L'autre côté de la croissance de l'emploi : une précarité qui se perpetue", *Travail et emploi*, 115, julio-septiembre: 45-57.

SASSEN, S. (2005), "Overview of Global Cities", en: KLENNIESWSKI, N. (ed.), *Cities and Society*, Oxford, Blackwell Publishing.

TOURAINE, A. (1991), "Face à l'exclusion", *Esprit*, 169 (La France des banlieues): 7-13.

WILSON, W. J. (1987), *The Truly Disadvantaged: the Inner City, the Underclass and the Public Policy*, Chicago, The University of Chicago Press.